

ROSA MENESES

El Líbano: cuando el futuro pertenece al pasado

Pueblos enteros reducidos a ceniza, carreteras destripadas, puentes abiertos en canal, un millar de personas muertas entre los escombros... La campaña de bombardeos que Israel ha emprendido contra el Líbano en el verano de 2006 ha dejado tras de sí un inmenso dolor en medio de un paisaje lunar que será difícil devolver a la normalidad. Los ataques contra la infraestructura civil del país y contra los ciudadanos han grabado una nueva huella en el subconsciente libanés, que se acumula a una larga lista de afrentas por parte de Israel. El Líbano no volverá a ser el mismo, pero al mismo tiempo, ha vuelto décadas atrás en la historia.

Los ataques israelíes se centraron especialmente en los feudos del movimiento político y militar chií Hizbulá, en el valle de la Bekaa y en el sur del país, pero pese a su virulencia no lograron minar la capacidad militar del Partido de Dios. Con ello, Israel creó la sensación de que se trataba de una guerra sólo contra los chiíes, diferenciándolos del resto de comunidades libanesas. No logró más que imprimir de nuevo el espíritu de resistencia en toda la población. Además, en su campaña para neutralizar a la Resistencia Islámica, la rama militar del Partido de Dios, el Estado hebreo también se inmiscuyó en la política interna libanesa, atizando un asunto que se venía negociando desde meses atrás: el desarme de la milicia.

Los efectos han sido los más inesperados. Pese a las intenciones del Ejército israelí de debilitar a Hizbulá, socavar sus apoyos en la sociedad libanesa y forzar su desarme, los resultados han sido bien distintos. La guerra ha dejado al Gobierno libanés en una situación muy inestable y ha puesto de manifiesto nuevos balances de poder, entre los que destaca la lucha, ahora abierta, de los chiíes por conquistar más espacios dentro de la sociedad libanesa.

Un logro importante que puede atribuirse al Gobierno libanés tras esta guerra es el despliegue del Ejército en el sur del Líbano. El 8 de agosto, el Consejo de Ministros acordó enviar a 15.000 soldados al sur una vez alcan-

Rosa Meneses es periodista especializada en Oriente Próximo y Magreb. Ha sido la enviada especial del diario *El Mundo* durante la guerra del Líbano

zado el alto el fuego. Y así se hizo, avalado por la Resolución 1701 de la ONU.¹ La decisión fue histórica: por primera vez en cuarenta años, el Ejército libanés restauró su autoridad en la frontera con Israel, un paso hacia la recuperación de la soberanía del Estado en esta zona. El sur del Líbano ha escapado durante cuatro décadas al control central, cuyo poder fue sustituido en los años sesenta por las facciones armadas palestinas que se instalaron allí al ser expulsadas de Jordania. Desde 1978, el territorio estuvo bajo control de Israel, que invadió el área para combatir a las milicias de la Organización para la Liberalización de Palestina (OLP). Cuando el Tsahal (Fuerzas de Defensa Israelíes) se retiró, en 2000, Hizbulá tomó el control de la zona, de mayoría chií.

El Ejército ha estado ausente de esta zona durante todos esos años, en los que dominaba la lógica de las armas de grupos ajenos a la autoridad central. A finales de los años sesenta, fue el propio Israel quien se opuso al envío de tropas libanesas hacia la región fronteriza, e incluso impidió el paso de sus unidades en Kawkaba. Tras la invasión israelí de 1982, fue Siria la que rechazó una decisión del gabinete libanés para desplegar al Ejército en el sur. Desde 2000, Hizbulá era la autoridad militar y política incontestable en estos dominios. “Esperábamos una decisión como ésta desde hace 40 años”. El diputado y ex embajador del Líbano ante la ONU Ghassan Tueni resumía en esta frase todo el periplo del Gobierno hasta retomar el control del sur.

Lo cierto es que con la recuperación del poder central del área fronteriza con Israel, el panorama político libanés ha experimentado un cambio esencial de envergadura equiparable a la del fin del dominio sirio escenificado a través de la retirada de sus tropas en mayo de 2005. Una de sus consecuencias ha sido la desaparición, al menos en teoría, de los milicianos de Hizbulá en el sur. Apenas se desplegó el Ejército regular libanés, desaparecieron los hombres armados de la milicia chií y no ha vuelto a verse un *kalashnikov* por sus remotas aldeas. El Partido de Dios deberá volcarse, ahora, en sus actividades políticas. En opinión de Nayib Khazaka, periodista de la agencia France Presse en el Líbano, la toma de control del Ejército en la frontera “acabará debilitando a Hizbulá hasta que finalmente le sea difícil justificar la tenencia de armas. El Partido de Dios acabará desarmándose”. La milicia chií ha aceptado al Ejército y se ha mostrado dispuesta a colaborar, un pequeño paso hacia un futuro Partido de Dios sin fusiles.

Pero el desarme de Hizbulá no será fácil de acordar y continuará siendo una de las cuentas pendientes tras esta guerra. Ya con la Resolución 1559 estaba previsto el desarme de todas las milicias, pero ahora la Resolución 1701 ha sustituido a todas las anteriores decisiones de la ONU sobre el Líbano. Sin embargo, los líderes de Hizbulá rechazan ahora debatir la cuestión de su armamento. El conflicto entre Israel y Hizbulá ha interrumpido el

¹ Sobre el papel de la ONU en la guerra en el Líbano ver en este mismo número de *Papeles de Cuestiones Internacionales*, Richard Falk, “La ONU tras la guerra del Líbano”, pp. 35-40 (N. de la Ed.).

proceso político iniciado tras la muerte del ex primer ministro, Rafik Hariri, en febrero de 2005. Su asesinato provocó una revuelta social que culminó en la retirada de Siria del Líbano y en el fin de su injerencia sobre el “país de los cedros”. A continuación, los políticos libaneses se volcaron en un diálogo nacional que se prolongó durante nueve sesiones de marzo a junio de 2006. En este diálogo, las cuestiones más acuciantes a tratar eran los remanentes del dominio sirio: la continuidad de la presidencia de Emile Lahud y la milicia de Hizbulá. Sin embargo, durante este tiempo de conversaciones ambos problemas no se solucionaron. Lo único que llegó a acordarse fue la necesidad de una estrategia de defensa nacional que debía ser adoptada después del desarme del Partido de Dios. Ahora, el Líbano tendrá que retomar el diálogo tras el punto muerto de estos meses y el riesgo es que tenga que hacerlo desde cero y que el desmantelamiento de la milicia chií sea más complicado debido a la constatación de una amenaza militar israelí constante sobre el territorio, tal y como remarca Hizbulá para mantenerse armado. El líder del Partido de Dios, Hasan Nasrallah, no necesita ahora sentarse a negociar.

Con la recuperación del poder central del área fronteriza con Israel, el panorama político libanés ha experimentado un cambio esencial equiparable al fin del dominio sirio en mayo de 2005

Momento chií

A escala regional, esta guerra ha servido para terminar de fraguar una conexión chií. Como el Líbano, Irán e Irak tienen comunidades mayoritariamente chiíes, lo que ha forjado una franja chií en Oriente Próximo que ahora se ha visto fortalecida y unida por un sentimiento común de resistencia contra Israel. La alianza se prolonga más allá de la comunidad chií, complementándose con las simpatías de Hamas y Yihad Islámica en Palestina. Los hijos de Fátima viven su momento, como destacan muchos expertos. Uno de ellos es Paul Salam, director del Instituto Carnegie para Oriente Próximo de Beirut. “Hemos vivido la era de los cristianos, la de los suníes y ahora es el turno de la era de los chiíes”, observa el analista.² La guerra en el Líbano, desde su punto de vista, ha sido en realidad una guerra contra los chiíes, contra esta parte del pueblo libanés. Así lo han vivido los propios habitantes del sur del país y así lo han subrayado expertos como Salam: “Lo que en realidad hemos vivido es una guerra entre EEUU e Irán”. Un factor que subraya la conexión chií en la región y que no deja de coincidir con la crisis nuclear iraní y un recrudecimiento de la violencia sectaria en el vecino Irak. Un antiguo experto de la Inteligencia estadounidense citado por el periodista

² Rosa Meneses, “La era de los chiíes”, *El Mundo*, 2 de septiembre de 2006.

Seymour M. Hersh, ha calificado los planes de ataque de Israel en el Líbano como “un espejo de lo que EEUU ha estado planeando para Irán”,³ basándose en la estrategia de bombardeos de la OTAN –liderada por Washington– durante la guerra de Kosovo.

La guerra, a pesar de la destrucción que ha generado en el Líbano, no ha vuelto a cristianos y suníes contra el liderazgo chií, como esperaba Israel. Además, ha dado a Hizbulá un poder considerable y más consistente en la calle libanesa. Los chiíes libaneses se sienten históricamente abandonados por el Estado central y buscan otros apoyos fuera de él. No hay más que darse un paseo por los pueblos arrasados del sur para comprobar este sentimiento. En estos pueblos, las banderas amarillas de Hizbulá son la nota de color entre los escombros a que han sido reducidas la mayoría de las casas tras los bombardeos. Hizbulá organiza allí la ayuda y la reconstrucción. Su brazo es tan poderoso que llega a los lugares más inaccesibles. “En el sur, la gente no cree en el Estado. Nunca les ha protegido. No lo hizo durante la invasión israelí ni durante la operación “Uvas de la Ira”, en 1996. Fue Hizbulá quien se hizo cargo de esta gente y eso fue una prueba de fuego. Hasan Nasrala es el único líder que se respeta en el sur: “su hijo Hadi murió luchando contra Israel, ¿qué otro político hubiera permitido a su hijo ir a la guerra? Su prestigio es incalculable”, señala Gaby Jamal, analista político y autor de documentales sobre la sociedad libanesa.

En contrapartida, la influencia chií en la política libanesa es muy precaria y no se corresponde con su poder demográfico. A partir de ahora, los analistas locales prevén un mayor peso de los chiíes en puestos clave de la Administración, el Ejército y el mundo de los negocios, hasta ahora ocupados por cristianos y suníes. Pero aquí se advierte una nueva rivalidad, primero, entre suníes y chiíes, y después, entre las distintas facciones chiíes: Amal y Hizbulá se disputarán el poder. El sentimiento de pérdida y de desolación es muy fuerte entre los chiíes seguidores de Amal, el otro partido chií del que salió el embrión de Hizbulá. “Todo el sur del Líbano ha sido destruido. La ciudad de Bint Jbeil es Stalingrado. Han bombardeado hasta las tumbas. Los que lo han perdido todo ya no tienen nada que perder y se unen para intentar conseguir una victoria, pero ¿qué victoria lograrán si todo el país está destruido?”, reflexionaba durante la guerra Bilal Sharara, jefe de prensa del Parlamento libanés. La batalla de la reconstrucción está servida y tanto Nabih Berri, líder de Amal y presidente del Parlamento, como Hasan Nasrala se disponen a ganarla. Berri está mejor colocado dentro del sistema: tiene la llave para atraer a los chiíes hacia su integración en el Estado. Nasrala tiene el poder de la calle libanesa, las masas chiíes le aclaman tras el comportamiento de Hizbulá en la guerra.

³ Seymour M. Hersh, “Watching Lebanon. Washington’s interests in Israel’s war”, *The New Yorker*, 21 de agosto de 2006.

Fragilidad del Gobierno en el mosaico libanés

El Gobierno libanés es débil y sus estructuras están aquejadas de una fuerte inestabilidad. Desde su creación, el Estado libanés nació frágil. Sus divisiones religiosas tienen demasiado peso en la vida política, que tiende al sectarismo. Cada comunidad gobierna en sus bastiones y entre su población, basándose en un sistema tradicional de liderazgo a través de generaciones de familias y que se prolonga automáticamente de forma hereditaria. Todo ello tiende a debilitar al Estado a favor de grandes familias políticas que se traspasan el poder y el liderazgo indiscutible de sus comunidades: ahí están los Gemayel entre los maronitas, los Hariri entre los suníes o los Yumblatt entre los drusos, con sus respectivos bastiones geográficos y demográficos bien delimitados. Las diferencias en la concepción de una identidad nacional entre las diferentes comunidades tampoco ayudan a crear un Estado sólido. Mientras los maronitas son abanderados de un nacionalismo particularmente libanés y heredero de la antigua Fenicia, los suníes y chiíes se sienten más próximos al nacionalismo árabe e islámico.⁴ Ambas tendencias se han confrontado a lo largo de la historia del Líbano y han actuado como fuerzas centrífugas en cambios históricos como la creación de la República, en 1926, o la guerra civil.

Las particularidades de la sociedad libanesa han sido muy bien aprovechadas por el Partido de Dios en sus feudos del sur y el este del país.⁵ Pero también se han servido del liberalismo económico y han utilizado sus ventajas. Los servicios básicos en el Estado libanés están fuertemente privatizados. Acceder a la sanidad o la educación privadas es muy costoso para las clases medias y para los sectores más humildes. Así, Hizbulá ha creado una amplia red educativa y sanitaria que proporciona asistencia a los más desfavorecidos y que, si bien no son exclusivas para los chiíes, se sitúan en los barrios y áreas geográficas donde esta confesión es mayoritaria. Con ello, el movimiento ha dado cobertura social a la expansión de su ideología política entre las masas. Hizbulá ha logrado convertirse en un Estado dentro del Estado. Ahora, tras la guerra, el movimiento chií contesta abiertamente la autoridad central,⁶ emprendiendo una carrera por conquistar las mentes y corazones de los libaneses víctimas del conflicto.

El Gobierno es ahora extremadamente débil, aunque no habrá una reorganización inmediata del gabinete que dirige Fuad Siniora en nombre de la gran coalición que es el bloque

⁴ Para profundizar en los aspectos que conforman la identidad libanesa, consultar Kamal Salibi, *A house of many mansions. The History of Lebanon reconsidered*, I. B. Tauris, Nueva York, 2003, pp. 19-37.

⁵ Para analizar las relaciones entre Hizbulá y el Estado libanés, ver Lara Deeb, "Hizballah: A primer", en *Middle East Report Online*, 31 de julio de 2006. Para profundizar sobre la organización chií, sus fundamentos político-militares y su evolución, consultar Judith Palmer Harik, *Hezbollah. The changing face of terrorism*, I.B. Tauris, Nueva York, 2005.

⁶ Rosa Meneses, "Hizbulá y el Gobierno se disputan el poder", *El Mundo*, 22 de agosto de 2006.

14 de Marzo.⁷ Sin embargo, a la larga, está destinado a caer. Los llamamientos a reestructurar el Ejecutivo llueven por parte del general Michel Aoun, aliado cristiano de Hasan Nasrallah, e incluso por parte de la propia Hizbulá, que a pesar de participar en él con un ministro y de contar con 14 diputados en el Parlamento, no ha dudado en clamar su dimisión. Las elecciones no han de celebrarse hasta dentro de tres años. Sin embargo, muchos prevén que se adelanten al año que viene, con un batacazo de los herederos de Hariri.

Consciente de todo ello, el propio Siniora admitía a finales de agosto de 2006 la fragilidad de las autoridades y confesaba que, en ciertos aspectos y en áreas geográficas concretas, el Estado libanés tiene un poder “insignificante”. Una de las causas de esta fragilidad la constituye 30 años de dominio sirio, que también dejaron en la burocracia el tremendo lastre de la corrupción. El reto del Ejecutivo es, pues, ingente. Y la lucha por la supervivencia de los históricos “señores” de la política libanesa, como Yumblatt o Gemayel, se intensificará en los próximos años.

Una de las consecuencias sociopolíticas de esta guerra será la redefinición de los papeles de las distintas comunidades religiosas del Líbano. Nuevos balances de poder están por crearse. Nuevas fracturas sociales transformarán el panorama del Líbano. “Todas las comunidades tienen ahora que redefinir sus papeles. Los chiíes no pueden vivir fuera del Estado, los suníes no pueden gobernar solos y los cristianos han cometido el error de crearse los dueños del país. Ahora, es importante que los sectarismos se maticen y que todos interpreten su poder dentro del Estado”, estima Paul Salam. Sin embargo, para llegar a esto es necesario revisar las cuotas de poder otorgadas por los Acuerdos de Taif, que reparte el control del Estado entre cristianos, suníes y chiíes y en el que estos últimos salen muy mal parados.

El balance demográfico entre comunidades ha cambiado, pero nadie sabe trazar exactamente su nuevo paisaje. El último censo data de 1932, cuando los cristianos eran mayoría. Desde entonces, no ha habido acuerdos para embarcarse en un nuevo censo, dado el miedo de los maronitas a constatar su pérdida de influencia. Sin embargo, es notorio –y está constatado por estudios extraoficiales como el que llevó a cabo Nicholas Zaidan en 1984– que los chiíes son la primera fuerza confesional, seguidos de los suníes y los maronitas, que han pasado a representar entre el 23 y el 30% de la población.

El recelo contra los chiíes aumenta entre las minorías cristiana y drusa, a quienes tampoco satisface la actual configuración de poder. A cambio de perder influencia política a

⁷ Las Fuerzas 14 de Marzo están formadas por una coalición heterogénea de partidos confesionales que van desde el Movimiento Futuro, liderado por la familia Hariri (el clan suní predominante en el Líbano), al Partido Socialista Progresista, de su aliado druso Walid Yumblatt, pasando por los cristianos liberales de la Unión Cristiana Qummat Shahwan y la derecha maronita de las Fuerzas Libanesas. El componente secular más importante del 14 de Marzo lo constituye el Partido de la Izquierda Democrática, creado por el periodista del diario *An Nahar* Samir Kassir, asesinado por los sirios en 2005.

favor de los suníes, pretenden conservar su férreo control económico y cultural, con tal de que el país siga siendo el más liberal y cosmopolita de Oriente Próximo. El peligro, ahora, es que el auge chií pueda ser capaz de matizar la modernidad libanesa a favor de un sentimiento tradicionalista más acorde con esta secta del islam. Los grandes perdedores serán probablemente los drusos, cuyo liderazgo se verá debilitado. El propio Yumblatt acusa una tendencia que le margina del poder, sintiéndose con las manos atadas e incapaz de intervenir para resolver el conflicto. “Podríamos haber evitado el desafío de los israelíes. Cuando las potencias que luchan en el Líbano son tan poderosas ¿qué puedo hacer yo? Prefiero mantenerme al margen de este conflicto. Es un juego de poderes internacionales”.⁸ La desazón y el desasosiego que transmite Yumblatt parecen anunciar el desgaste del histórico líder de los drusos y de toda su comunidad, que supone el 7% de la población libanesa pero que tiene un poder económico considerable. “El nuevo panorama político, Yumblatt es el gran perdedor; está destinado a desaparecer”, apunta Gaby Jamal. Mientras, la rivalidad entre suníes y chiíes es cada vez más evidente hasta el punto que algunos se atreven a hablar de una próxima guerra civil entre ambas comunidades mientras que otros la comparan con el enfrentamiento que vivieron en los peores días de confrontación civil palestinos y maronitas. Pero por ahora, los riesgos de que el Líbano se embarque en una nueva guerra civil son muy remotos: aparte de la fractura social entre centro y periferia, las estadísticas muestran que las relaciones intercomunitarias no están tan dañadas tras esta guerra como cabría esperar.

Pese a las intenciones del Ejército israelí de debilitar a Hizbulá, socavar sus apoyos en la sociedad libanesa y forzar su desarme, los resultados han sido bien distintos

La receta para solucionar el caos que provoca que la política esté fuertemente marcada por la adhesión a una comunidad y a una confesión religiosa es tan sencilla en la teoría como difícil de aplicar. La clave es un nuevo pacto nacional que establezca las bases del Estado no sobre la religión sino sobre la forja de una identidad libanesa que dé lugar a un Estado verdaderamente laico. Sin embargo, los líderes del pasado, los “señores de la guerra” reconvertidos en políticos, los clanes y familias político-religiosas-tribales con intereses diferentes y a veces enfrentados impiden la consolidación de una identidad libanesa. En el Líbano, el futuro siempre pertenece al pasado.

⁸ Rosa Meneses, “Entrevista con Walid Yumblatt”, *El Mundo*, 6 de agosto de 2006.

Un sentimiento de pérdida

La sensación generalizada en el pueblo libanés –que esta guerra ha constatado– es que el país es siempre un campo de batalla para resolver por las armas las rivalidades exteriores. Tras un mes de conflicto, ninguno de los contendientes puede declararse claramente vencedor. Israel no ha logrado desarmar a Hizbulá ni siquiera ha minado sus apoyos en la sociedad libanesa. La liberación de los dos soldados israelíes capturados por la milicia chií el 12 de julio, que fue el detonante aparente de la guerra, tampoco se hizo efectiva con la instauración del alto el fuego ni inmediatamente después. Tampoco ha logrado crear una zona tapón al sur del río Litani, como preveía durante la contienda.

Por su parte, Hizbulá tendrá que responder ante su pueblo por toda la devastación causada por su enfrentamiento con Israel. El problema más acuciante que tendrá que resolver el Líbano y en consecuencia el liderazgo chií será la crisis humanitaria y el problema de los refugiados. Con un millón de refugiados y desplazados internos en tan sólo un mes, el reto es ahora recolocarlos y hacer posible que vuelvan a sus casas de los barrios del sur de Beirut y las áreas del sur del Líbano. Posibilitando el regreso de los refugiados a la frontera con Israel, Hizbulá ha impedido que Israel cree una franja de “tierra de nadie” de 20 kilómetros, como pretendía. Mientras los pueblos bombardeados son reconstruidos por la maquinaria del Partido de Dios, los desplazados han vuelto a sus tierras. El movimiento chií esperaba culminar la reconstrucción en tan sólo seis meses con sus propios medios, aunque finalmente ha aceptado la ayuda árabe y europea ante la imposibilidad de afrontarlo solo.

Sin vencedores claros, lo único que parece obvio es que el país ha sido devastado y devuelto dos décadas atrás en el tiempo. Justo cuando comenzaba a recuperarse de sus 15 años de guerra civil, el “país de los cedros” deberá ahora emprender una nueva reconstrucción, como si el destino del Líbano se escribiera siguiendo el mito de Sísifo.

El esfuerzo de reconstrucción ha de ser ingente: autopistas, puentes, plantas de energía, el aeropuerto de Beirut, los puertos, las redes de telecomunicaciones y de electricidad y agua han sido destruidos o parcialmente dañados. Los economistas locales cifran en 7.800 millones de euros el esfuerzo financiero para reconstruir edificios e infraestructuras, proveer indemnizaciones y ayudar a miles de empresas al borde de la quiebra. El coste de la guerra se cifra en casi 4.000 millones de euros, el 23,5% del PIB del país. Tan sólo las pérdidas por infraestructuras básicas se calculan en 2.000 millones de euros. La diferencia se ha desvanecido con la fuga de turistas y de inversiones y la ausencia de actividad empresarial durante un verano que se prometía espléndido.

Los cálculos del gobernador del Banco del Líbano, Riad Salameh, prevén un escenario desalentador. La tasa de crecimiento del país podría ser del menos 5% si se cumplen sus

peores vaticinios.⁹ La deuda exterior del país es una de las más asfixiantes del mundo: 30.000 millones de euros alcanzó en abril de 2006, el 183% del PIB. Ahora, puede catapultarse hacia un nuevo record. Lo mismo ocurrirá con la inflación, que había logrado estabilizarse por debajo del 4% apenas antes de la guerra, después de haber alcanzado el 120% en 1992, justo al acabar la guerra civil. Debido a la crisis bélica y al bloqueo israelí Salameh ha revisado la tendencia hasta el 7%.

Lo peor, las pérdidas humanas: sólo las compensaciones por cada uno de los casi mil fallecidos se estiman en más de 1.500 millones de euros. Los ciudadanos no disponen de seguros de vida, una tradición que en el Líbano se ha revelado inútil ante los avatares de las guerras sufridas una y otra vez. Los seguros son inservibles en esta parte del mundo: no contienen cláusula de guerra.

Otros daños tangenciales en la población será un aumento de la emigración. La subida del desempleo rozaba justo después del alto el fuego el 20%, diez puntos más que antes de la guerra. Pero los expertos opinan que la cifra no refleja la realidad, ya que el incremento de la emigración hace que los números de la cola del paro no parezcan astronómicos. Según cálculos del gobernador del Banco del Líbano, Riad Salameh, 260.000 personas emigraron en un mes, coincidiendo con el conflicto bélico, el 5% de la población.¹⁰ Muchos no volverán: con los países del Golfo en plena expansión económica, la mayoría se instalarán en las pujantes petromonarquías, donde los trabajadores libaneses gozan de prestigio como mano de obra cualificada. La fuga de cerebros que drena el país desde hace décadas seguirá llevándose los talentos fuera del Líbano,¹¹ repercutiendo de forma importante en su desarrollo.

Con todo, la disparidad económica está llamada a aumentar en los próximos años. Según la ONU, el 25% de las familias libanesas viven con menos de 500 euros al mes y más del 5% está en la “absoluta pobreza”. Los desposeídos que un día acudieron a la llamada de Hizbulá serán más tras esta guerra: más de un millón de personas se encuentra ahora en situación vulnerable, sin casa y sin trabajo.

Los
seguros de
vida son
inservibles
en esta
parte del
mundo: no
contienen
cláusula de
guerra

⁹ *El Mundo*, 4 de septiembre de 2006.

¹⁰ Entrevista personal con el gobernador del Banco del Líbano, Riad Salameh, realizada en el Líbano en agosto de 2006.

¹¹ Declan Walsh, “Lebanon braindrain”, *The Guardian*, 30 de agosto de 2006.

Pero, no todo es negro en el panorama libanés. Daud Sayegh, consejero del ex primer ministro asesinado Rafik Hariri que actualmente ejerce de asesor de su hijo Saad Hariri, aún conserva el optimismo: “No somos prisioneros de esta situación. La desesperación no es una fatalidad. La guerra ayudará a llegar a una solución para el Líbano. Creo que ésta será la última guerra que vivirá el Líbano. Este país debe permanecer al margen de los intereses extranjeros de la zona. Esta guerra nos ha destrozado porque ha acabado con todo lo que habíamos logrado reconstruir desde el fin de la guerra civil pero la sociedad libanesa es más fuerte”.¹² Ahora, es tiempo de volver a empezar, aunque para los libaneses, la sensación de que esta guerra no ha acabado es aún muy fuerte.

¹² Entrevista personal con Daud Sayegh, asesor de Saad Hariri, realizada en el Líbano en agosto 2006.